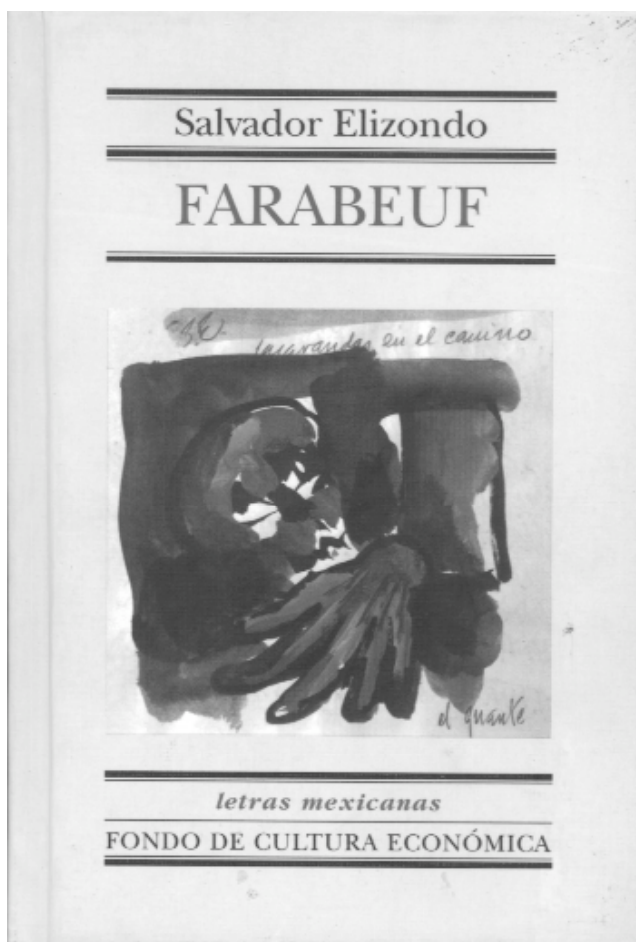


En los 40 años o 14,400 días de la publicación de *Farabeuf*

Adolfo Castañón

Farabeuf la crónica de un instante de Salvador Elizondo se publicó en 1965, hace cuarenta años. Su propuesta literaria era y es una de las más innovadoras y atrevidas en la narrativa hispánica y, más allá, en cualquier idioma. Con la inútil sinceridad del lustrabotas que va encenderando y desencenderando con su trapito los zapatos que bolea, confesaré que yo empecé a leer *Farabeuf* en 1970, al concluir los años de educación preparatoria previos a los estudios universitarios. Digo empecé a leer pues la novela de Salvador Elizondo ha sido una de las obras literarias, poéticas o filosóficas, que más he leído y releído a lo largo de los años, y durante esos años, digamos entre 1970 y 1975, debo haber navegado por ella al menos unas quince veces. Soñaba con *Farabeuf* y me despertaba con él.

Para un joven de veintitantos años, esa lectura resultaba profundamente inquietante y perturbadora: la historia de las manipulaciones quirúrgicas del doctor Farabeuf y del suplicio chino de “los cien pedazos”, cuyo cuento se intentaba decir una y otra vez entretejiendo en el relato el código fluctuante del *I Ching* no sólo era asombrosa y ve riginosa, sino profundamente educativa e iniciática por diversas razones, pero ante todo por el grado múltiple y complejo de autoconciencia que latía tras la piel especular de cada una de sus frases. ¿De dónde venía o podía venir esa visión absolutamente auténtica —con la autenticidad del arte— autárquica y autosuficiente del mundo y del arte de la prosa? ¿A qué podía obedecer



ese orden hermético pero abierto y azaroso como una herida o como un gerundio? ¿Qué Dios o demiurgo inconcebible había engendrado al autor capaz de concebir esta obra que hacía saltar en pedazos todas las certezas para luego volverlas a acomodar casualmente y, como quien no quiere la cosa, en el orden terso y necesariamente musical de esta obra única, incluso entre las más singulares y atrevidas de la narrativa occidental que me había sido dado leer? Ni James Joyce ni Michel Butor, ni Claude Simon, ni Marguerite Duras, ni Nathaniel West ni Severo Sarduy habían logrado dar la nota purísima que se desprendía del cuerpo ator-

mentado y musical de *Farabeuf*. Había en el horizonte algunos otros experimentos, algunos otros artefactos o *cosas mentales* que podían pertenecer, si no a la misma familia sí al mismo mundo a la vez alucinado y clarividente.

“Novela de la escritura” la ha llamado el escritor brasileño Marcelo Barbão en el prólogo a la traducción al portugués que él ha hecho de esta memorable novela (*Farabeuf*, São Paulo, Brasil, Amauta Editorial, 2004). *Farabeuf* es la obra singular y excéntrica de un autor cuya rareza se encuentra paradójicamente en el centro mismo de esa fase inagotable y terminal del discurso vanguardista y experimental latino-iberoamericano. Su discurso narrativo encierra una provocadora e inagotable refutación del tiempo lineal y del discurso narrativo anecdótico y lineal, y encarna un archipiélago de tiempos y gramáticas posibles. Libro de mutaciones y de desplazamientos tem-

porales y espaciales, *Farabeuf* la crónica de un instante se yergue como un altivo obelisco, como un gerundio incesante y gráfico —para saludar a José de la Colina— que con su desnudez y sobriedad ordena el paisaje narrativo y cultural circundante, presente y futuro, dentro y fuera de las fronteras del país y del idioma. Publicada hace cuarenta años, *Farabeuf* la crónica de un instante es una obra llamada a curar al lenguaje de nuestra edad de sus viciosas y triviales manías simplificadoras y a salvarnos de la petrificación mental que impone la insípida civilización de los lugares comunes. U